

Moral católica y democracia eclesial

La doctrina sexual de la Iglesia no forma parte de la revelación



TONI COMÍN

Muchos de nuestros obispos se empeñan en mantener su hostilidad contra el Gobierno, hoy por la LOE, anteayer por su ampliación del derecho al matrimonio a los ciudadanos de orientación homosexual. Y con ello no responden al sentir de muchos católicos que ven con buenos ojos, desde su compromiso católico, esta reforma del código civil. ¿Cuál es la representatividad de la Conferencia episcopal para hablar en nombre de todos los católicos españoles en temas de moral familiar?, nos preguntábamos al final de nuestro anterior artículo.

La falta de deliberación, pluralismo, participación y democracia en la institución eclesial es el principal lastre del catolicismo en nuestros días. Probablemente es el principal obstáculo para que la Iglesia pueda llevar adelante, de una manera comprensible para la sociedad de hoy, su tarea, que no es otra que anunciar el mensaje liberador del Evangelio, la buena nueva que se cifra en la vida, la muerte y la resurrección de Jesús.

Las cúpulas episcopales, en España como en el resto del mundo, se dirigen a la sociedad como si ellas representaran legítimamente el sentir de los católicos de su país. Sin embargo, somos muchos los católicos que no nos sentimos identificados con nuestras cúpulas, y ello no nos hace menos católicos. No está más cerca de Dios aquél que está más alto en la jerarquía eclesiástica: los sacerdotes más cerca que los laicos, los obispos más que los sacerdotes, el papa más que los obispos. No, creer esto sería lisa y llanamente una herejía. El Espíritu a todos se dirige y a todos es accesible. Y los títulos eclesiásticos a nadie hacen, por sí mismos, más transparentes al Espíritu.

Somos muchos los católicos que creemos que estaría más de acuerdo con la ética evangélica que los obispos, como en los primeros tiempos del cristianismo, fueran elegidos democráticamente por su comunidad, con la participación directa de los fieles. La Iglesia, en efecto, no tiene por qué ser una democracia como las que funcionan en el plano civil. Pero menos todavía tiene por qué funcionar como una monarquía feudal medieval.

Las cúpulas episcopales adolecen hoy, en muchos países, de una falta de representatividad alarmante. Su opinión, en

muchos casos, no se corresponde con la opinión de la mayoría de católicos en nombre de los que parecen hablar. Muy probablemente, hoy en España son más los cristianos favorables al matrimonio homosexual que los contrarios. Las encuestas más recientes reflejan que más de dos tercios de los españoles se declaran partidarios del matrimonio gay; al mismo tiempo, las encuestas del CIS (2002) hablan de una sociedad en la que ocho de cada diez personas se considera a sí mismo católica. La simple superposición de ambos datos indica que son más los católicos a favor de extender el matrimonio a los gays que en contra. Algo quizás sorprendente, que en realidad no debería sorprendernos.

Lo más grave de esta falta de democracia interna en la Iglesia es que afecta a la manera cómo se construye el Magisterio y la Doctrina social y moral de la religión católica. Las más altas jerarquías de la institución se arrogan en exclusiva el derecho a construir la doctrina oficial de la Iglesia, y pretenden que ésta es la única versión posible de la moral cristiana —ya sea sexual o económica, familiar o social—. Sin embargo, todos los católicos tenemos algo que decir en la construcción de una moral cristiana, puesto que todos podemos intentar dar respuesta a los grandes retos éticos de nuestra época a la luz del Evangelio. No es muy coherente con el espíritu evangélico atribuirse en monopolio, a cuentas de un escalafón eclesial que se determina por mecanismos nada democráticos, la interpretación del mensaje cristiano y su traducción para el hombre de hoy.

Las razones que subyacen a tal voluntad de monopolio merecerían una profunda discusión teológica. Razones sospechosas de un riesgo de desviación teológica, que a todos los creyentes deberían preocuparnos profundamente. Me refiero, concretamente, a esta tendencia a presentar la doctrina moral católica como doctrina revelada. Todos aquellos que hayan profundizado en el mensaje cristiano sabrán que la revelación se circunscribe a los dogmas fundamentales del cristianismo: la naturaleza trinitaria de Dios, la encarnación de Cristo, su resurrección, etc. Estos son los contenidos de la fe que, por decirlo de algún modo, “proceden de Dios”.

En cambio, lo que comúnmente conocemos como “moral cristiana” es una construcción humana, hecha por creyen-

tes históricamente y culturalmente situados, es decir, histórica y socialmente condicionados. Esta “doctrina cristiana” es, por lo tanto, una obra histórica y, en tanto que tal, contingente y sometida a evolución. No coincide la doctrina cristiana sobre la servidumbre de la gleba hoy con la del siglo XII, de la misma manera que no coincide la doctrina cristiana sobre el liberalismo hoy con la de principios del siglo XIX. Si pretendiéramos que la moral cristiana es verdadera de manera eterna, ¿cuál de ellas sería la posición cierta en todas aquellas cuestiones en las que a lo largo de la historia ha ido cambiando?

Sirvan estos ejemplos, pues, para hacer comprender que la “moral cristiana” es una moral histórica, en evolución. Insistimos: históricamente y culturalmente determinada. Que es obra humana y no revelación divina. En cambio, estos días, en el debate que se ha vivido en nuestro país a cuenta del matrimonio gay, ha habido una peligrosa tendencia por parte de algunos cristianos conservadores a defender su posición moral como si de una verdad eterna se tratara. A cuenta de la ley natural, de la moral natural y de no se sabe cuántas evidencias deducidas de manera pretendidamente científica de unos principios morales eternos, se ha presentado la negativa al derecho de los homosexuales al matrimonio como si de una verdad revelada se tratara, como si estuviéramos ante la voluntad misma de Dios. Y, claro, nada más lejos de la ortodoxia teológica que presentar como una verdad revelada aquello que no lo es.

No podemos aceptar que se venda como doctrina revelada aquello que, en realidad, no es más que una moral histórica. Una moral construida por manos y mentes humanas, que a la luz del Evangelio intentan dilucidar aquello que es mejor para las personas, desde la esperanza en el designio de plenitud total que el Dios de Jesús creemos que tiene reservado para el hombre. Y en esta tarea de proponer normas a la luz del Evangelio todos los creyentes tienen el mismo derecho a participar. Por esto, no podemos aceptar, tampoco, que la construcción de la doctrina moral cristiana sea una tarea reservada a la cúpula, ni aun cuando esta fuera un dechado de inteligencia y conocimientos. □

TONI COMÍN

Profesor de Ciencias Sociales de Esade